

En el mundo tendréis aflicción, pero confiad . . .

(1 de 2)

The logo for AETH (Association of Evangelical Theologians and Hermeneutists) is centered on the page. It features a stylized triangle composed of several parallel lines in shades of yellow and pink. Below the triangle, the word "AETH" is written in a large, light purple, serif font.

Dr. Justo L. González

En el mundo tendréis aflicción, pero confiad . . .
(1 de 2)

Leo del capítulo 16 del Evangelio de Juan, los primeros cuatro versículos:

Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.

Y los dos últimos versículos del mismo capítulo:

He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo. Estas palabras os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.

Las últimas palabras con las que cada uno de nosotros se despide de los suyos y del mundo pueden verse como testamentos en los que dejamos nuestra herencia para la posteridad.

"Mis funerales serán sangrientos", se cuenta que dijo poco antes de morir Alejandro el Grande, a cuyos pies cien naciones rindieron sus pendones, desde Grecia hasta las fronteras mismas de la India. Con esas palabras indicaba el gran conquistador que no había entre sus generales uno solo digno de ser su heredero, y que tras su muerte el vasto imperio que había conquistado en unos pocos años se desmoronaría en menos tiempo que el que tomó construirlo. El conquistador cuyas falanges bañaron de sangre los campos de Europa y de Asia les dejaba a esas falanges herencia de sangre.

"¡Qué gran artista pierde el mundo!", se cuenta que dijo el tirano Nerón cuando, destronado y fugitivo, se quitó la propia vida. Y en esas palabras se resume la locura que fue causa de tanto crimen y tanto dolor.

Y otro personaje, éste artista de verdaderas dotes, que sin embargo había vivido vendiendo sus talentos a quienquiera le pagará por unos versos aduladores, se inmortalizó cuando, camino al paredón de fusilamiento, pronunció su "Plegaria a Dios", rogándole que le librara de la muerte, y terminando . . .

Mas si cuadra a tu Suma Omnipotencia
que yo perezca cual malvado impío,
y que los hombres mi cadáver frío
ultrajen con maligna complacencia...
suene tu voz, acabe mi existencia...
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío...!

Si a cualquiera de nosotros se nos dijera que estábamos a punto de morir, y que teníamos una oportunidad más para pocas palabras con nuestros seres queridos, haríamos todo lo posible para que esas palabras expresaran nuestra vida y nuestras esperanzas.

Ahora bien, en el Evangelio de Juan las palabras que acabamos de leer son las últimas que Jesús les dirige a sus discípulos antes de su arresto, juicio y crucifixión. El capítulo 16 termina: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo." Y el 17 comienza: "Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado..." El resto del capítulo lo ocupa la oración de Jesús por sus discípulos. Y en los primeros versículos del 18 se nos cuenta cómo Jesús fue arrestado en el huerto. Por ello, estas palabras son como el testamento que Jesús les deja a sus discípulos porque sabe que ha de ser quitado de en medio de ellos.

En las horas y los días que han de seguir, los discípulos verán a su Señor traicionado, azotado, escarnecido y crucificado. Tras verle hacer milagros, tras escuchar su doctrina inspirada, van a verle traicionado por uno de entre ellos, sujetado y escarnecido por soldados romanos, acusado por los jefes de Israel, y condenado a morir como un vil malhechor. Por eso, para que todo esto no les tome por sorpresa, Jesús les advierte a sus discípulos: "Todavía un poco más, y no me veréis". Y les dice que su propia muerte, resurrección y ascensión son el preludio para la dádiva de otro Consolador, el Espíritu Santo: "Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo enviare".

Y todo esto termina con las palabras: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo." Al borde mismo de lo que podría parecer la más desastrosa derrota, Jesús les advierte a sus discípulos: "confiad: yo he vencido al mundo."

Pero Jesús no está preparando a sus discípulos solamente para su propia muerte y resurrección. Les está preparando también para los sufrimientos que han de ser la herencia de quienes sigan al Señor de la cruz. El principio del capítulo les dice:

Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. Y harán esto porque no conocen al Padre ni a mí. Mas os he dicho estas cosas, para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho.

No es solamente Jesús quien ha de enfrentarse a la injusticia y a la cruz. Sus discípulos también se verán obligados a hacer lo mismo. Y, si se olvidan de las palabras de Jesús, están en peligro de tropezar y caer: "Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo".

Para entender a cabalidad la dolorosa posibilidad de ese tropiezo, debemos empezar por entender que Jesús no les está diciendo a los discípulos que serán perseguidos por personas faltas de religión. Al contrario, lo primero que les dice es que serán echados de las sinagogas. Las sinagogas eran para los judíos como son las iglesias para los cristianos de hoy. Lo que Jesús les está diciendo a los discípulos es que los primeros que los van a echar son los religiosos de su época. A primera vista, pudiera parecer que Jesús está condenando al judaísmo, y diciendo que habrá enemistad entre la iglesia y la sinagoga. Pero al leer todo el Evangelio vemos claramente que Jesús asistía sinagoga, que no rechazaba el título de rabino, y que constantemente citaba las palabras del Antiguo Testamento, las Escrituras judías. Estas gentes que han de perseguir a los discípulos no son ateas. Al contrario, lo que sucederá será que "cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios". Los cristianos serán perseguidos en nombre de Dios. Serán perseguidos a base de citas de la Biblia. La persecución, por extraño que parezca, no vendrá en primer lugar de los ateos ni de los paganos, sino de los propios hijos de Israel. En vista de ello, no ha de sorprendernos el que Jesús vea la necesidad de advertir a los discípulos: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo".

Examinemos estas palabras con mayor detenimiento.

Lo primero que estas palabras nos dicen es que el lugar donde Jesús espera que los discípulos estén es "en el mundo". Jesús no les dice estas palabras para que abandonen el mundo o se aparten de él, o para que piensen que el mundo no cuenta, o para que sepan que el mundo no es su lugar propio. No, sino que, todo lo contrario, Jesús da por sentado que los discípulos han de estar en el mundo. Han de

estar en el mismo mundo en que viven los que los van a echar de las sinagogas, los que los van a matar pensando que con ello sirven a Dios, los que no conocen al Padre ni al Hijo.

En el versículo 28 de este capítulo, Jesús les dice a sus discípulos: "Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre." Pero lo que entonces les dice a los discípulos en todo el resto del capítulo no es que ellos también deban dejar el mundo, sino que han de quedar en el mundo, a donde será enviado otro Consolador. Y que en ese mundo, aun teniendo ese otro Consolador, tendrán sufrimientos. "En el mundo tendréis aflicción."

No hay aquí invitación alguna a abandonar el mundo o a desentenderse de él, sino la afirmación clara de que el lugar propio de los cristianos, en esta vida al menos, es en el mundo. Los cristianos son ciudadanos, sí, de una patria mejor; pero no por eso dejan de vivir en este mundo junto al común de las gentes.

Todo esto lo dijo muy bien un cristiano del siglo segundo, que vivía precisamente en medio de las aflicciones y persecuciones a que Jesús se había referido:

Los cristianos no se diferencian de los demás por nacionalidad, por su lenguaje ni por sus costumbres. . . . Viven en sus propios lugares, pero como transeúntes. Cumplen con todos los deberes de ciudadanos, pero sufren como extranjeros. Dondequiera que están encuentran su patria, pero su patria no está en ningún lugar. . . . Se encuentran en la carne, pero no viven según la carne. Viven en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen a todas las leyes, pero viven por encima de lo que las leyes requieren. A todos aman, pero todos los persiguen.

En otras palabras, que en ellos se cumple lo que dijo Jesús: "En el mundo tendréis aflicción". En el mundo.

Pero este estar en el mundo no es sencillamente una inconveniencia del momento. No se trata de que estemos en el mundo porque no nos queda otro remedio, y que ya que estamos en el mundo hemos de sufrir aflicción. No. Nuestro estar en el mundo es parte de la voluntad de Dios para nosotros. De igual modo que Jesús nos dice que El vino al mundo, y que "de tal manera amó Dios al mundo", así también nosotros somos puestos en el mundo por el amor de Dios para ese mundo. Y si sufrimos aflicción no se debe sencillamente a que el mundo sea malo y nosotros buenos. Se debe más bien a que somos discípulos del que vino al mundo para ser crucificado. Las aflicciones de los cristianos en el mundo no son mero accidente ni casualidad. Son parte de la esencia misma de lo que Jesús les promete a los discípulos y nos promete a nosotros. Su promesa, clara e ineludible, es "en el mundo, tendréis aflicción".

AETH

A través de toda su historia, la humanidad ha soñado con escapar del mundo. Escapar de esta vida con sus dudas y sus conflictos. Escapar de este cuerpo que nos limita y nos ata al polvo. Escapar de los demás. Escapar de nosotros mismos. Escapar de tanto dolor y miseria. La vida, que es don y es alegría, es también carga y es tristeza. No es sin razón que algunos se han referido a este mundo como "un valle de lágrimas". Por ello se cuenta de un filósofo de la antigüedad, que andaba tan interesado mirando las estrellas y soñando con escapar hacia ellas, que cayó en un pozo. Y por lo mismo decía el poeta:

Tengo el alma, Señor, adolorida
por unas penas que no tienen nombres

y no me culpes, no, porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hombres.

Frente a tales sueños e intentos de fuga, Jesús nos dice: "en el mundo tendréis aflicción". Pero aclaremos en qué consiste esa aflicción. La aflicción a que Jesús se refiere no es sencillamente la que sufrimos todos los humanos por el mero hecho de vivir en el mundo. Todos estamos sujetos a dolores y enfermedades. Pero no es eso a que se refiere Jesús. Al contrario, al principio del capítulo lo dice bien claro: la aflicción consistirá en que "os expulsarán de las sinagogas, y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios". La aflicción de que Jesús está hablando aquí no es la suerte común de toda la humanidad, sino que es una condición específica de los que le siguen a El. No se trata sencillamente de que porque estamos en el mundo sufrimos las necesidades, las limitaciones y los dolores de todos los seres humanos. Se trata de mucho más que eso. Se trata de que, porque seguimos al Señor crucificado, hemos de llevar nuestra propia cruz.

Digámoslo de otro modo. Entre el orden del mundo tal y como existe y el orden del mundo tal y como Dios lo desea hay un conflicto inevitable. En el orden del mundo, los primeros son primeros, y los postreros son postreros. Pero, en el orden de Dios, los primeros serán postreros y los postreros serán primeros. En el orden del mundo, tenemos que prestarles atención ante todo a los grandes y los poderosos. En el orden del Evangelio, tenemos que prestarles atención ante todo a "cualquiera de éstos mis hermanos más pequeñitos". En el orden del mundo, son bienaventurados los ricos. En el orden del Evangelio, son bienaventurados los pobres, y a los ricos les es más difícil entrar al Reino que a un camello pasar por el ojo de una aguja. En el orden del mundo son bienaventurados los que mandan, los que dominan, los que controlan la justicia. En el orden del Evangelio, son bienaventurados los que

lloran, los mansos, los pacificadores, los que tienen hambre y sed de justicia. Y porque esas dos órdenes son incompatibles, Jesús les dice a sus primeros discípulos, y nos dice a nosotros los discípulos de ahora, que "en el mundo tendréis aflicción".

Pero la promesa de Jesús va más allá de esa aflicción. Jesús nos dice que nos ha hablado "para que en mí tengáis paz". "*En mí*". No estamos solamente en el mundo. Estamos también en Jesús. Y *porque* estamos en Jesús, tenemos paz.

El texto no dice que si estamos en Jesús no estamos en el mundo. No dice tampoco que si estamos en el mundo no estamos en Jesús. No, sino que dice todo lo contrario. Dice que estamos a la vez en Jesús y en el mundo. En el mundo tenemos aflicción. En Jesús tenemos paz. Lo que es más, la aflicción que tenemos en el mundo, la tenemos precisamente porque estamos en Jesús. Porque estar en Jesús requiere que veamos el mundo de modo distinto de como lo ve el común de las gentes. Porque ver el mundo de modo distinto es precisamente la causa de la aflicción de los cristianos. Porque nuestro estar en Jesús, que es la causa de nuestra paz, es también la causa de nuestra aflicción en el mundo.

"En el mundo tendréis aflicción". Si en nosotros no se cumple esa promesa, no nos engañemos. Ello no se debe a que el mundo se haya puesto mejor. Ello no se debe a que el conflicto entre el orden del Evangelio y el orden del mundo haya pasado. Ello se debe a que no somos verdaderos discípulos.

"En el mundo tendréis aflicción". Si en nosotros no se cumple esa promesa, si estamos tan adaptados al orden del mundo que no sufrimos aflicción, olvidémonos de la otra parte de la misma promesa, que en

Jesús tendremos paz. Sin estar en el mundo, sin tener aflicción en el mundo, no es posible estar en el Jesús de la cruz, y no es posible por tanto tener su paz.

¿En qué consiste esa paz? Nuestro texto nos lo dice: "En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo". Nuestra paz consiste precisamente en saber que la victoria no es de los poderosos del momento, sino de la cruz, del Señor crucificado y resucitado. Como dice el himno, "no es la carrera de los fieles, ni de los fuertes la paz; más de los fieles en Cristo es el eterno solaz".

Cuando Jesús nació, las legiones de Augusto se paseaban por todo el litoral del Mar Mediterráneo, al que los romanos orgullosamente llamaban "mar nuestro". Pero la victoria no les pertenecía a esas legiones, sino al niño nacido en un pesebre. Del paso de las legiones que hizo temblar el mundo no queda sino el eco lejano de la historia; más el canto de los ángeles que sólo unos pobres pastores escucharon sigue vibrando aún en almas humanas y en las esferas celestiales.

Cuando Jesús les prometió a sus discípulos paz, aflicción y victoria, los poderosos de Jerusalén se confabulaban para destruirle, y poco después lograron darle muerte. Pero la victoria no era de los que se confabulaban, sino del que en un rincón de Jerusalén le decía a un escaso puñado de seguidores: "Confiad, yo he vencido al mundo".

El Señor de las edades se llega así a la nuestra y nos dice una vez más: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo". Y en nuestra edad, como en aquella primera edad de la iglesia cristiana, como siempre a través de las

edades, otras voces ensordecedoras pretenden sobreponerse a la voz del Señor. "La victoria está en la cruz", nos dicen esas voces. "La victoria está en la fuerza". "La victoria está en el dinero". "La victoria está en las armas". "La victoria está en el prestigio". "La victoria está en la fama".

Empero si el Señor de las edades nos concede a los humanos unos pocos siglos más de historia, cuando hayan pasado los poderosos del momento, cuando la fama de hoy se haya vuelto olvido, cuando las grandes armas nucleares no sean sino polvo y orín, cuando las superpotencias que hoy se disputan el mundo no sean sino un testimonio más de las efímeras glorias humanas, la misma voz de las edades resonará todavía: "Estas cosas os he tendréis hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo".

